

## ISLA CON ATARDECERES

Al telón del paraíso perdido le descorrían una pata color cardenal hacia la izquierda, otra hacia la derecha donde alegan estaba el infierno. De ese modo empezaba y terminaba la película del día. El sol salía. Era una isla con atardeceres.

Todos estábamos sentados en el balcón, menos la abuela. Quizá el cielo interpretaba la nostalgia de los idos. Al mirar el cielo recordaban la maldita nave que hubo de llevársela. Lo cierto era que allí quedaba la familia unida en la espera. Ahora un atardecer tenía más sentido. El balcón fue convirtiéndose, pues, en el centro de la escena. Traído desde Jamaica por las mujeres más valientes se pintaban los pilares del mismo color año tras año cuando venían las sequías y a las arañas les daba por esconderse. Fue en aquella isla donde nací, mejor dicho, en aquella parte de la isla donde nacieron gran parte de los antepasados de esta zona sur llegados de las Canarias. Por eso el color aceituna, los ojos verdes, las extremidades largas. En la zona norte otros isleños provenían de otras islas e iban y venían por el mar. En las montañas de la gran isla, sin embargo, habitaban los descendientes de corsos y holandeses. En las costas vivían los descendientes de los dingas o mandingas. Nuestra casa traída de Trinidad y Tobago, de balcón jamaiquino, había sido blanca pero pintado casi todo de negro el balcón para que resaltaran otros colores: los pilares verticales de color guayaba y los horizontales azul añil. Las butacas mecedoras donde nos sentamos semejan un color verde cotorra portoricensis. A propósito, en este momento acaban de posarse 10. Acto insólito, aunque no tanto porque es la hora cuando empiezan a dormir y cuando algunas se mueren. Las cotorras no lloran. Nunca las hemos visto en trances de luto. Volando se les pasa el dolor. Hemos sembrado frente al balcón arbustos de cruz de malta y floripondios que embriagan. Las primeras se la pasan florecidas en su rojo, las segundas, en forma de campanitas con la testa mirando al suelo como si tuvieran vergüenza de ser lo que son y de tocar una música que nadie oye. Pero se siente el olor. Nos sirven de calmante. Cuán agradecidos estamos

cuando hervimos agua de campanitas con floripondios para que nos entreguen un son calladamente. También hay amapolas de tres colores para que combinen con nuestra casa y finalmente, la amatiba satibiris, que crece salvajemente y acompaña a los pocos hombres de la isla que creen en el mesías negro, e invocan a sus dioses a través de llamados con tambores. Los hay en el sur sur. Dan lástima sus plegarias sin mujeres a las que espantan como moscas; pero son hombres, de algo tendrían que estar convencidos.

Son las 5:30. Hora esperada. Es sol no se oscurece sino hasta las siete. Además, hay toque de queda. Después de haber comido, vamos al balcón con nuestros pocillos de café o con vasitos de papel con agua de canela. Fuera del balcón no podemos salir o nos disparan unos hombres que llegaron con la puesta de sol número 98 pero hace muchos muchos años y ni nos damos cuenta de que están ahí.

Llegó la hora tan ansiada. Son las 6. Aunque no nos hubiesen condenado a estar aquí, en el balcón, estamos anclados a él, es algo superior a nosotros mismos. Ellos, mirando de lejos la película, no comprenderían.

—Pásame el azúcar—¿Cuántas cucharaditas te echo?

—Seis por favor.

—¡Antonia! —llama la madre.

Antonia se asoma por la ventana y, en segundos, su cara cambia de colores dulces anaranjados, a rojos dramáticos como si fuera el final del mundo; luego la envuelve un amarillo dorado, y así lentamente cambia de rostro, hasta que vuelve a refugiarse en el interior de la casa como si tal cosa.

—Antonia, qué manía esa de mirarte en el espejo.

—¡Cómo sabes, mamá! ¡Es que me gusta ver cómo me cambia el rostro de color!

—Te vas a perder lo mejor. El sol se está yendo, date prisa que se va. ¿Estás todavía viéndote?

—Ya voy pues. ¿Por qué número van?

—Recién empieza. Por la 136, pero si no avanzas y dejas de mirarte en el espejo no verás nada.

Antonia da la vuelta y llega al balcón, donde sólo faltaba ella. O mejor dicho, también faltaba la abuela. Eran la mamá, la bisabuela y la tatarabuela y las nietas, un varón nada más, el Lucas. Nunca se supo bien que se habían hecho los hombres de la isla, quedaban pocos, y se marcharon como vinieron sin estar seguros si al otro lado del horizonte habría otra cosa que no fueran perros salvajes y dragones, seguramente así era porque no volvieron nunca jamás; y, para colmo, la abuela, quien contrario al lugar que le corresponde a las mujeres, orgullosas de ser el ancla del hogar, se comportaba como un macho más, desapareciendo sin pedir disculpas y como ellos haciendo falsas promesas que seguramente no cumpliría. Pero la abuela no hizo promesa alguna cuando se largó. Alguien pensó, sin atreverse a decirlo: "Mejor pensar que está aquí calladita entre nosotras, como antes".

—¿En qué piensan?—pregunta Antonia al entrar al balcón atraída por la puesta 155.

—¡En qué va a ser...!—responde una de las mujeres, en representación de todas.

—¿Sabes que hay lugares donde el sol se coloca una sola vez al día?—, se escurre una voz entre ellos, que no los distrajo.

La 200 fue memorable.

—¿De verdad que una sola vez?—pregunta Antonia aterrada.

—Sí. Hay lugares oscuros donde apenas se pone el sol—dijo la sabelotodo de María, la mayor de las hermanas.

—Deben ser terriblemente fríos y tristes las islas sin sol—, piensa para sí Antonia recordando a la abuela, y aguantando las ganas de soltar una lágrima amarilla.

—Y lentos—comenta el chiquito Lucas quien no soportaba estar allí sin poder moverse.

—¡Eso es para que veas Antonia, que no hay que ser malagradecidos con la vida! No todos los mundos tienen sol. Espejos hay en todas partes pero soles, pocos, dijo enfática; triunfante.

—Pero espejos con sol no hay mamá sino aquí. Y nuestros espejos saben chuparse y multiplicar 50 colores como en una película. Dan hasta ganas de comérselos.

Lucas saca su espejito de bolsillo y empieza a buscar el reflejo proyectado como un rayo de plata en medio del oro que dibujan los montes.

—He oído decir...—dijo la tatarabuela. Pero cuando comenzó a decir lo que había oído decir, quedó muda y estática.

La puesta 209 de ese ocaso la dejó en un estado de iluminación permanente y no habló más durante tres puestas de sol, es decir, durante 365 veces tres. Prendió su habano y lo mordió despacito para pensar o no pensar. Llevaba el ritmo de un sol crepuscular en las venas, tenía tres velocidades como casi todos los de la isla: lento, despacio, parao. Esto ocurría cuando se emocionaba con el sol al momento de nacer y morir; porque un amanecer en esas islas duraba lo mismo que una puesta de sol y se confundían en una unidad tan perfecta que daba la impresión de que el tiempo era el mismo.

Y ocurrió que la 243 había sido esplendorosamente triste y profunda como el mar. Se entristecieron todos como la tristeza misma que dicen ser de un amarillo mostaza, pero esa puesta de sol había pasado muy rápido y no correspondía a la de ahora, morosa y tibia, tirando a naranja. Así que, sin saber cómo, estaban felices de nuevo bajo el sol cuando llegó la rumbera número 245, conocida por ese nombre porque a toda persona que la viera le daba ganas de bailar. Parecía de un rojo intenso.

—Quisiera estar frente al mar para ver esta belleza de sol y ver cómo se la traga el mar y lo echa por la boca otra vez.

—Quizá tengamos tiempo, ¿por qué no nos vamos al malecón ahora mismo?

—No llegaremos a tiempo, está más cerca el Castillo del Morro.

—Mañana desde el principio de los atardeceres podremos echar pie y sentarnos en el malecón, si lo desean. Hay formas de evadir los disparos. Los que miran la película desde afuera no saben si entre un sol y otro ya se terminó el toque de queda.

—No, en el malecón no, me distraigo con las parejas que se besan—dijo Lucas. Quedaba poco y la familia lo sabía.

—Antes de morirme quiero ver siete puestas de luna—, pidió la tatarabuela quien nunca hablaba, pero, por razones involuntarias, a raíz de haber perdido otro diente, a sus 200 años le daba por pensar que todo era una repetición de un mismo acto de fe naciente.

—Ya quiero morirme.

—Cómo no abuela, ya prontito la veremos.

Ella sabía sobre soles lo mismo que el resto del planeta desconoce de esta ínsula solar. La idea de morirse le venía por el verso de un poema que decía “Antes de morirme quiero...”, que ella recordaba por pedazos y le iba añadiendo otras terminaciones. En realidad, no era eso lo que quería decir. Era que los poemas ajenos, sobre todo las primeras líneas, le venían a la boca sin darse cuenta cada vez que perdía un diente.

—¿Puestas de luna?—, se ríe, mientras guiñaba un ojo, el chiquito Lucas. Y al oído de su hermana le dijo: "Parece que está alucinando de soles aburu linda".

—Cállate, hay islas donde hay tantas puestas u ocasos como lunas menguando y lunas redondas, quizá la abuela...

Y con todas las miradas recriminatorias sobre ella no terminó la frase.

—¿Cuántas puestas de lunas tienen, tatabu? — preguntó entonces humildemente Lucas.

—Siete, y cuando está redonda todo se mueve más lento, muuuy lento. Los mares crecen, los hombres se convierten en lobos, y las mujeres enloquecidas abandonan sus balcones.

—¿Como abuela?

Nadie oyó. Pretendieron no oír. La tatarabuela no quiso hablar más hasta el final de la película. Aquella tarde que amanecía frente al balcón hizo que todos hablaran en exceso.

—Pues si yo me aburro aquí, qué sería en esa otra isla con lunas en medio de una oscuridad total—dijo Lucas, hasta que su madre, con aquella mirada suya, lo sentenció a callar.

—Somos los seres más privilegiados del planeta. Este espectáculo es único, y tenemos la suerte de estar juntos en este balcón desde hace 5 siglos.

—Habrá que multiplicar mucho para saber cuántos días hemos estado en el balcón.

—En este no.

—Sí, si lo piensas bien, sí. Es el mismo. Bueno, no exactamente, el primero fue de la isla Lucía, y tenía otro color, pero se volvió a colocar aquí, en el mismo lugar y a esta misma hora.

—¿Por qué no pueden ver la película callados?

—Total, ya se está terminando. —Estoy segura de que no podrán contar la historia por parlanchines.

Todo lo que se dijera en dirección al aire, sin contexto, sin forma, traía la imagen de la abuela, la que tuvo todo, la que perdió todo por buscar algo que no quiso siquiera explicar qué era en estos mundos de la cinematografía a todo color. A ella le gustaba el cine mudo, en blanco y negro, y los atardeceres la emocionaban menos que el Nosferatu de Murnau, aterrado de los primeros rayos del amanecer.

Lucas, el pequeño Lucas, sintió unas ganas de que lo acurrucara la abuela en su falda, dejándole sentir el aroma de su sexo centenario, mezclado con los aromas del hilán hilán que se había adherido a su falda con un extraño olor de colonia. Decidió, mientras el sol iba amainando que, cuando fuera grande, con la próxima nave que aterrizara se iría en busca de la abuela. La nostalgia le duró poco. El sol 365 en su ocaso avanzaba seguro. Imponente como un sol que nace en un calendario anunciado por gallos. Las cortinas de la derecha y de la izquierda empezaron a correr hacia el centro mientras pasaban los créditos de la película. Y todos, desde el más grande hasta el más pequeño, comenzaron a recoger las sillas del balcón.

Fin.